

BAJO

TIERRA

Capítulo 1
La llegada del hombre lobo

—Ya está bien —dijo Carló.

—¿Qué pasa, Carló? —preguntó Carolina.

Los dos muchachos estaban sentados en el compartimento de un tren que se dirigía a Bilbao.

Tenían muchas ganas de ver su nuevo colegio, su nueva casa. El padre del joven era guardia civil, pero nunca quería permanecer en un mismo sitio porque no tenía familia, a excepción de su mujer, su hijo y la hija de su mujer. La muchacha adoraba a la gente, pero era triste y apocada; con su exceso de timidez se quejaba de los continuos cambios que había en su vida por culpa de su padrastro, pero sus quejas eran en vano.

—¿Qué pasa? —preguntó nuevamente la chica.

El joven no contestó. Solo se oía el traqueteo del tren, era lo único que rompía el abrumador silencio.

El joven tenía una pesadilla, y nuevamente volvió a meterse en sus profundos sueños. La chica lo miraba compasiva, pues era la segunda vez desde que se durmió que protestaba o hablaba entre murmullos. Era su forma de ver que tenía una pesadilla.

La pesadilla era igual que las anteriores. La chica se acercó un poco a él, entonces descubrió que el muchacho estaba susurrando. Ella lo zarandeó suavemente.

—¿Hemos llegado ya? —preguntó el joven.

—No, Carló, estamos en León. ¿Qué soñabas?

El chico tenía la mirada perdida.

—Tengo miedo —dijo finalmente.

Ella cogió su mano entre las suyas y se la acarició tiernamente, se apoyó en su hombro y comenzó a hablar.

—¡Si papá muere en algún atentado...! —dijo, temblando.

—No pasará. Ten fe. Además, ¿por qué va a pasar algo así?

—Ya pasó una vez. He... visto la imagen de papá envuelto en sangre.

—Solo era una estúpida pesadilla.

—Pero era tan real...

Ella lo abrazó fuertemente. Sentía un gran cariño hacia él.

El tren siguió traqueteando sin más, pues el sueño llegó al compartimento y ambos se durmieron. Habían llegado a Bilbao, el tren estaba parado en el andén al término de su trayecto, y una hora más tarde saldría hacia Madrid.

El guarda pasaba por el tren, comprobando el estado de los compartimentos. El hombre vio a los jóvenes dormidos, el uno sobre el otro. Se acercó a la niña y la zarandeó suavemente. Ella susurró:

«¡Déjame un poco más, mamá!» y el guarda, en un segundo intento por despertarla, le acarició el hombro. Ella se sobresaltó. La joven tenía la cabeza llena de preguntas, pero mirando a su alrededor se dio cuenta que estaba en el tren. Seguramente ya estaban en Bilbao. Miró al guarda y después a su hermanastro, se acercó a él y le besó la frente; él despertó al momento, se levantó y salió del compartimento con su equipaje. La joven lo siguió, despidiéndose del guarda.

Los dos jóvenes salieron al aire fresco del andén. El reloj de la estación marcaba las dos y media de la tarde; el tren había llegado con media hora de retraso, cargaron el portaequipaje y salieron a la calle.

Los jóvenes cogieron un taxi dirección a una casa cuartel. Una vez dentro del coche empezaron a hablar:

—No tengo dinero, ¿y tú? —susurró Carolina.

—¿Cómo que no tienes dinero?

—¿Cómo vamos a pagar el taxi?

El taxista, que no dejaba de escuchar la conversación, frenó en seco, descargó el equipaje y les hizo bajar. Luego volvió a arrancar el coche.

Los dos muchachos estaban solos, con nada más que dos maletas. Al lado les quedaba un parque. Se metieron en él, se sentaron en un banco y esperaron, pues estaban perdidos en una ciudad totalmente desconocida para ellos.

Empezaba a anochecer. Los dos jóvenes tenían frío, Carló se quitó la chaqueta y se la puso a Carolina por encima de los hombros.

—Gracias —le susurró ella.

Escucharon el sonido de un reloj de una iglesia lejana, seguramente una catedral, o un ayuntamiento, indicando que ya era medianoche. Un grupo de jóvenes de unos dieciocho o diecinueve años se acercaron,; en las manos llevaban diferentes tipos de bebidas,

entre ellas había botellas de alcohol y refrescos de cola, limón y naranja. Sin verlos, los jóvenes empezaron a mezclar las bebidas en vasos de plástico, y uno de ellos sacó de una mochila que llevaba colgada a la espalda un saco de hielos y comenzaron a beber.

La pequeña Carolina se durmió en los hombros de su hermano. Habían pasado un par de horas y solamente estaban ellos y los jóvenes que llegaron al parque, únicamente para dedicarse a beber. Los hermanos, todavía invisibles para ellos, empezaron a escuchar una melodía.

Los jóvenes bebedores cantaban con voz fuerte. A lo lejos, un grupo de edad desconocida se acercó al lugar donde estaban ellos, pasaron entre el montón de jóvenes que seguían bebiendo, algunos borrachos, sin mostrar el mínimo interés por ellos, mirándolos, pero ignorando su presencia. Este grupo, de unas diez personas, se sentó en un banco cercano, uno de ellos sacó un cigarro y lo partió, se puso algo en la mano y empezó a quemarlo. «Un papelillo», le dijo a otro chaval, y este le puso algo en la mano, desdoblándolo. El primer chaval aprovechó para echarlo en su mano y susurró «la mora», hizo algo con sus dedos y, pasado un rato, sacó un mechero con el cigarro en la boca, luego lo encendió.

El tiempo transcurrió rápidamente, hasta que Carló se quedó dormido.

Al día siguiente un barrendero los despertó. Les hablaba en una lengua que no comprendían, y Carló le dijo:

—¿Qué me está diciendo?

El barrendero les dijo amablemente: «Te preguntaba si habíais dormido aquí toda la noche».

—¿Dónde estoy? —preguntó Carló.

—Esto es Bilbao —contestó el barrendero.

—¡Ah! Ya me acuerdo —dijo Carolina.

Se volvió hacia su hermano. «El taxi nos dejó tirados aquí ayer, Carló».

Carló preguntó al barrendero si sabía dónde estaba la calle que su padre le dijo, y el barrendero respondió amablemente que no era recomendable ir con bultos a una calle que estaba en la otra punta de la ciudad.

Carolina empezó a quejarse por el hambre que tenía. No habían cenado desde anoche. El barrendero, conmovido, se acercó a una cafetería y les compró dos bocadillos enormes, y les dijo que se los comieran. Carló le dio las gracias tres o cuatro veces, y el barrendero le dijo que no tenía importancia, al menos podrían comer ese día. El barrendero se disculpó diciendo que ya no podía hacer nada por ellos. Carló le dijo que había hecho ya demasiado por ellos y le dio las gracias nuevamente.

El barrendero siguió trabajando. Los niños se acercaron a una fuente que estaba en el mismo parque y empezaron a desayunar. En primer lugar, sacaron dos botellas y las llenaron. El agua corría fresca y transparente y tenía un sabor dulzón, después abrieron los bocadillos que les había dado el barrendero; los dos eran de beicon con queso, fundido por el calor.

Después de terminar la mitad del bocadillo decidieron volver al banco donde habían dormido. Al poco, Carló se durmió. Empezó a soñar que recibía una llamada de la madre de Carolina desde el móvil de su padre.

—Papá, ¿qué te ha pasado? ¿Estás bien?

—Tu padre ha muerto.

—No puede ser, si estuve con él en casa ayer.

—Carló, solo nos tienes a Carolina y a mí. Lo han matado, no puedes hacer nada por él.

—¿Un hombre le ha disparado?

—No, cariño, un animal le ha arrancado todo el cuerpo a mordiscos.

Carló se despertó.

—¿Qué te pasa? Estás sudando, ¿has tenido una pesadilla?

—Sí, era horrible, esta vez estaba hablando con tu madre después de ver el cadáver de mi padre.

—Tranquilízate, estas temblando.

Pasaron las horas sentados en el banco del parque en el que habían dormido, los dos sabían que sus padres no llegarían hasta el día siguiente. El parque en el que se encontraban estaba verde, los árboles en flor desprendían una belleza propia de la primavera. Era una pena que el parque tuviera un arenero descuidado, utilizado por los perros y algún que otro vagabundo para hacer sus necesidades. El suelo, lleno de botellas como estaba, y los columpios rotos y oxidados, echaban a perder sus magníficos árboles, sus rosales y petunias cuidadas al aire libre, que desprendían aromas nítidos y perfumados, aunque la vista sufriera cada vez que se miraba al suelo.

Los muchachos se quedaron allí sentados. Veían pasar gente, un señor pasó con una pala para recoger toda la basura que la juventud de la noche anterior había tirado a su gusto. Varias horas después, el parque había quedado limpio, el único olor que se percibía era el de la resina y las flores, esas rosas y amapolas que adornaban el parque.

Había comenzado a llover y el olor se hacía dulce para la nariz. Por el cielo, nadie diría que eran las dos de la tarde, y la lluvia hacía pensar que era un rocío matutino, pues era débil, solo el sol brillando en lo alto del cielo calentaba con fuerza y demostraba la hora que era.

Los muchachos iban a ponerse a comer el resto del bocadillo. La lluvia no paró, empezó a mojar y se inició con más fuerza, así que se empezaron a empapar. Cuando terminaron los bocadillos, sus cuerpos parecían sopa. Buscaron un sitio donde refugiarse. Pasearon durante

muchas horas por el parque; a pesar de estar en la ciudad, el parque no parecía terminar nunca. Durante su caminata se encontraron a un hombre, un mendigo, que no había comido en varios días. Sus pantalones rotos y la camisa quemada dejaban entrever que era un esqueleto con piel por encima. Saludó a los chicos, que se apartaron de él mecánicamente.

—Venid —les dijo—. Os habéis perdido, ¿verdad?

Los chicos afirmaron con la cabeza y, aunque no les inspiraba mucha confianza, le siguieron.

El hombre, después de caminar un rato, les mostró un tronco hueco, que por su extensión se diría que había vivido muchos años.

Carló pensó que se había quemado, pero desechó esa teoría porque medio árbol estaba intacto, pero hueco.

Entraron detrás del mendigo y se agolparon en el tronco, sentados, y empezaron a hacer lumbre en un pozo hecho con piedras, totalmente tapado salvo por dos aberturas: una en un lateral con tamaño suficiente para introducir alimento al fuego, y otro en la parte de arriba. Este era pequeño, y su finalidad era que el humo saliera al árbol. El pozo era de metro y medio de profundidad por un metro de diámetro; el árbol, que ocupaba unos cinco metros de diámetro, tenía unos pequeños agujeros, casi invisibles, en la parte superior para que el humo saliera. El mendigo no les hizo ninguna pregunta y les permitió que se cambiaran de muda. Las maletas, que estaban fuera, estaban empapadas, y además tenían las prendas del interior completamente húmedas. Rebuscaron ropas secas y las metieron en el tronco del árbol, allí se cambiaron y pasaron el resto de la tarde.

Cuando el sol se escondía, salieron del árbol para volver a ver las escenas de la noche anterior. Todo transcurría igual que ayer: unos bebiendo, otros fumando, los muchachos que por allí pasaban tiraron una botella tras otra. A diferencia de la noche anterior, esta vieron a

unos chavales que se pinchaban, compartiendo jeringuillas que más tarde tiraban al suelo.

Eran las cinco de la mañana. Los dos jóvenes no habían dormido nada, pero estaban a punto de cerrar los ojos cuando, de repente, oyeron un aullido. Todos los que estaban allí salieron corriendo. A Carló y a Carolina los cogieron, les taparon la boca y echaron a correr.

Los muchachos desconocían cuánto tiempo pasó, pero varias horas más tarde les soltaron en un cuarto. El cuarto estaba oscuro y lleno de jaulas.

—¿Quiénes sois? —preguntó Carló.

Ellos no contestaron, hasta que uno empezó a hablar.

—Cuando habéis oído el aullido, ¿por qué no habéis huido? —preguntó.

Ellos contestaron que no le dieron importancia, y que además no tenían donde ir. El muchacho les dijo: «El hombre lobo que hay en ese parque es peligroso, se le teme en todo Bilbao».